

ocupación de Navarra por las tropas francesas de Francisco I, envió a alguno de sus hombres para contactar con los franceses, buscando que aquél ejército llegase a Toledo u ocupase Castilla. De hecho llegaron hasta La Rioja.



Gastó todo su capital en pagar a las tropas, vendió sus joyas con el mismo fin, y todos los conventos de Toledo, tanto de hombres como de mujeres, por orden suya, fueron saqueados, obligando a los religiosos a que entregasen la plata, el oro y el dinero que poseían, e incluso cuando todo se gastó, ella personalmente se dirigió al Sagrario de la catedral, el 6 de octubre de 1521, y puesta de rodillas, cogió la plata que en ella había, después de que los hermanos Aguirre se

quedasen con el dinero que llevaba Juan de Padilla cuando fue hecho prisionero, por supuesto que cuando María tuvo conocimiento de quien se quedó con el dinero de su marido, no le tembló la mano para mandar perseguir a los Aguirre, detenerlos y mandarlos ajusticiar.

La situación en la ciudad sitiada, como es natural, se fue agravando con el paso de los días, pues incluso los mismos ciudadanos de Toledo, viendo la causa perdida, pedían la rendición. María no dudó en amenazar con los cañones, dirigiéndolos a la ciudad desde el alcázar con intención de bombardearla si fuera preciso, atajando así una incipiente rebelión. Una de las razones que motivaban su resistencia estaba en su situación de ruina, tras quedarse sin capital y ser desposeída de sus bienes, trató por todos los medios de que su hijo recuperase la hacienda de Padilla. Su hermano, Luis Hurtado de Mendoza, negoció que le fuesen devueltos, e incluso llegó a rogar al cardenal Adriano de Utrech, regente del reino en ausencia de Carlos, que se remediase la situación para que su hermana rindiese la ciudad. No lo logró. En tanto las tropas realistas fueron haciendo cada vez más duro el sitio. Hubo diversos combates entre abril y agosto, y el 1 de septiembre comenzaron los bombardeos.

El 16 de octubre los toledanos sufrieron una seria derrota, firmándose a los pocos días una tregua, el llamado armisticio de la Sisle, en el que intervino como figura principal el obispo de Bari, y el 25 de octubre los comuneros abandonaron el alcázar sin entregar las armas. Muchos de ellos aceptaron el perdón, pero María, con quienes se le mantuvieron fieles, se fortificó en su casa, a donde llevó la artillería, con objeto de seguir resistiendo. A partir de la firma, y durante casi cuatro meses, sitiadores y sitiados llegaron a convivir pacíficamente.

La actitud de esta última resistencia se centraba en la esperanza de recibir del rey la confirmación al tratado de rendición, al armisticio de la Sisle, pues entre sus cláusulas estaba el que ella alcanzaría el perdón, podría trasladar a Toledo los restos de Juan de Padilla, su hijo conservaría la herencia, se mantendrían los privilegios de Toledo y se garantizaría el perdón a sus ciudadanos. El rey Carlos no aceptó éstas cláusulas. Exigía una rendición sin condiciones.

En el mes de diciembre, tras las celebraciones de Adriano como papa, se reanudaron los enfrentamientos. Los realistas hicieron más duro el cerco a Toledo, pidiendo la